

La valentía de rebelarse sin armas o las estrategias de los indefensos

Andrés Restrepo Gil

Profesional de Educación, lector de novelas, andres.restrepo28@udea.edu.co

“Henry, ¿se puede saber qué haces allí?” — preguntó con sorpresa Emerson, un amigo de Henry David Thoreau, luego de verlo tras las rejas, recluido en una cárcel. La sorpresa que sintió Emerson no fue menor a la que le generó a Thoreau el ver a su amigo disfrutando, gustosamente, de su libertad: “¿Qué hace usted ahí afuera?”— respondió Thoreau. La prisión es el lugar adecuado allí donde la injusticia ha alcanzado el estatus de ley. Por lo anterior, Thoreau estuvo tras las rejas, pues bajo las pretensiones de un gobierno racista y esclavista, asesino de nativos e invasor de países, el lugar adecuado para un hombre justo, que se niega a reconocer y financiar tal forma de gobernar, es la cárcel.

Según esta historia hay, por lo menos, una forma de hacerle frente a los mandatos de quienes deciden en las esferas del poder. Thoreau encarna esa forma al reaccionar frente a un gobierno que, con orgullo y cinismo, se ha erigido a sí mismo sobre unos fundamentos injustos e inmorales. Frente a quienes deciden, desde una postura más cómoda, menos polémica, más sutil, motivados por la indiferencia, *no hacer nada*, Thoreau lleva hasta las últimas consecuencias la fuerza de sus ideas y la convicción de sus principios. Para ello, debía romper las leyes injustas y, efectivamente, las rompió; debía transgredir los mandatos, las órdenes y, subsiguientemente, los transgredió. Ante una máquina voraz que decreta contra la propia humanidad, la respuesta es solo una: “Quebrantad la ley. Que vuestra vida sea un freno que detenga la máquina. Lo que tengo que hacer es asegurarme de que

no me presto a hacer el daño que yo mismo condeno”.¹

La fuerza de algunas leyes y su aparente inviolabilidad, así como su legitimidad imperecedera e incuestionable no son más que mantos quiméricos que encubren los caprichos de quienes las dictan y de quienes nos obligan a cumplirlas. Todo ello porque, como le hizo saber Antígona a Creonte: “La tiranía tiene entre otros muchos privilegios el de hacer y decir lo que se le antoje”². Recordemos que la condena de Antígona tiene como origen la decisión de Creonte de prohibir enterrar a Polinices, hermano de aquella, quien había muerto en un combate con Eteocles, quien también tuvo un destino fatal. Al primero se le condena a permanecer insepulto, como un festín para las aves, mientras que al segundo se le otorgan los honores que la tradición religiosa griega exigía para todos los muertos. Conociendo la voluntad y el decreto de Creonte, Antígona actúa en contra de la soberanía de aquel al dedicarle a su hermano los honores fúnebres que todo hombre merece. Para cometer un delito basta, muchas veces, con ser justo y apelar a lo que resulta correcto. En este caso, enterrar a un hermano.

En Colombia también hay muertos ilegales y entierros prohibidos. En *Desterrados*, Alfredo Molano nos cuenta, por ejemplo, cómo fue que terminaron los amigos de Aníbal, un pacífico anciano que vivía en La Boca del Cajambre en la Costa Pacífica colombiana, con el cuerpo de este a cuestas, buscando un santo lugar para velarlo, luego de que los paramilitares le metieron

tres tiros en la cara al juzgarlo como un hombre cercano a la guerrilla. ¿Y las autoridades? Según la Policía, tenían “orden de no abandonar el puesto” y, por lo tanto, no podían levantar el cuerpo. ¿Y el sacerdote? No podía “albergar muertos de esos en la iglesia”. Deduzco entonces que, por orden de los paramilitares, el cuerpo de Aníbal no tenía derecho a entrar a la casa de Dios. Ni a la casa de Dios, ni a la casa de nadie: “Nadie quería prestar la casa para velarlo y no encontraron un solo cajón en el pueblo”³. Aníbal termina en una mesa de billar, mientras *el loco del pueblo* entona las melodías fúnebres para, finalmente, entregar el cuerpo de aquel a la inmensidad del océano.

Colombia ha coleccionado, mediante la acumulación de eventos tristes, una inigualable cantidad de *tragedias*, que dan forma y provocan, a su vez, incontables muestras de valentía como respuesta a las desdichas, las injusticias y la guerra, mediante

la irrupción, la violación y transgresión de ciertas leyes, de ciertos órdenes, de ciertos mandatos. En medio de un sinnúmero de ocasiones en las que la injusticia se encarna en las imposiciones de los grupos armados, encontramos como reacción una valiente indiferencia de quienes deciden, simplemente, no acatar sus órdenes. Muchas veces, quienes imponen el miedo y la muerte como leyes encuentran en algunos seres indefensos y sin armas una muralla de resistencia. A veces, la desobediencia se encarna en el movimiento de una pelota de fútbol en medio de un caserío que hace tiempo dejó de ser un barrio para vivir para convertirse en un campo para la guerra. A veces, la resistencia toma la forma de un juego de cartas. Otras, la de una película en una calle pública. Finalmente, también hay rebelión y desobediencia encarnada en la palabra; palabra que se pronuncia mediante la fuerza, la valentía y la insolencia de dejar en evidencia que no siempre se

³ Alfredo Molano, *Desterrados* (Bogotá: Penguin Random House, 2016), 34.

¹ Henry Thoreau, *Desobediencia civil y otros textos*, Vol. 148 (Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2014), 42.

² Sófocles, *Antígona* (Buenos Aires: 1950, Jackson), 160.



Yojan Valencia @yojany

está de acuerdo con quienes le apuestan a la verdad fundada en la fuerza de los fusiles.

En medio de un toque de queda, declarado por el Bloque Cacique Nutibara en San Carlos, Antioquia, algunos residentes decidieron salir de su casa, montar mesas para un bingo y una olla para el chocolate. Ante la exigencia armada de aguardar en sus casas, algunos pobladores de este municipio salen a recuperar el espacio que les pertenece, sin armas, sin violencia, para imponer su voluntad mediante un juego comunitario, en el que se comparte, a su vez, una taza de chocolate con un vecino. El mensaje no podría ser más claro: el espacio y las calles del pueblo no les pertenecen a quienes llevan sobre sus hombros un fusil. La potestad de los grupos armados se ve derrumbada con herramientas que no dejan muertos a su paso. Así, el campo de batalla se convierte en un alegre espacio para compartir, habitar y vivir en comunidad. La alegría de compartir la calle y un chocolate son también formas de rebelarse.

otras zonas, con las otras entidades comunitarias y tuvimos como respaldo entonces, por ejemplo, de los barrios y de otros grupos sacaron equipo femenino y masculino y hacíamos torneo. Un partido a las 10 y un partido a las 11, y a las 12 de la noche estábamos todavía jugando fútbol. Evitando y tratando de que vieran que había gente en la calle entonces que no se podía como suscitar cosas. Funcionó mucho, pues toda la jornada fue llena, fue la gente, la cancha llena, graderas llenas. Entonces la gente se movía y había un tránsito muy común, no había ese silencio de miedo, sino que había bulla de la gente caminando y los equipos volviendo a los barrios y la gente también ahí porque les poníamos música a todo taco.⁴

En El Carmen de Bolívar no fue el movimiento de una pelota, sino la proyección de una película el medio para resistir al miedo que querían imponer las balas. Ante el silencio y el vacío que habían dejado los artefactos de la guerra sobre las calles del municipio, un grupo de jóvenes se reunió para fundar un cine móvil, “el cine itinerante la Rosa Púrpura del Cairo” e iluminar, mediante las escenas, los diálogos, los efectos y la música, las calles deshabitadas.

Las imposiciones de un grupo contrastan notablemente con las propuestas comunitarias. Los unos, abogan por los toques de queda, por las calles cerradas, oscuras y en silencio. Los otros, afirman la alegría y la vida en comunidad mediante la música, el fútbol y el arte como las únicas estrategias para hacerle frente al conflicto. Para los primeros, la vida es un movimiento en medio de un plan para sobreponerse a la guerra. Para los segundos, la vida es el regocijo de compartir la existencia y ocupar los espacios. Y, puesto que los primeros son quienes muchas veces imparten las leyes, los segundos se ven obligados, motivados por una valentía sin armas, impulsados por el deber de afirmarse a sí mismos y por el derecho a la felicidad, a romper los caprichos de aquellos, así como a desobedecer sus órdenes y a rebelarse contra la tiranía de la guerra.■

San Carlos no es el único ejemplo. En Berrugas, Sucre, los paramilitares decidieron clausurar un espacio en una de las calles del corregimiento que ciertas mujeres utilizaban para jugar cartas. ¿La respuesta de las mujeres? Seguir jugando. No hubo un alzamiento de armas; no hubo una respuesta violenta. Simplemente, la interrupción a la norma. La indiferencia a las órdenes les permitió a aquellas mujeres la recuperación de su espacio y, al desobedecer, permanecer en sus hábitos e insistir en sus rituales.

Este tipo de posturas y de actitudes alcanza el nivel de la disputa. A veces, la fiesta, la música y el fútbol luchan contra el miedo, el silencio y la oscuridad. De un lado, unos jóvenes que abogan por su lugar, mientras golpean una pelota. Del otro, grupos armados dispuestos a silenciar la alegría de quienes celebran y afirman la vida en una cancha. A continuación, la versión de un joven de la Comuna 13 de Medellín durante los años 2001 y 2002:

Entonces nosotros: ¡Venga, parce, vamos a hacer un torneo por la noche! Y lo concertamos también con otros grupos juveniles de

¹ Henry Thoreau, *Desobediencia civil y otros textos*, Vol. 148 (Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2014), 42.



